

Composición musical colectiva en la escuela. Aportes de la educación musical a la inclusión educativa en el nivel secundario del conurbano bonaerense

NICOLÁS ALEJANDRO BATINIC*

En la escuela secundaria argentina, los avances normativos que ampliaron la obligatoriedad no lograron resolver completamente la distancia entre el acceso formal y la experiencia escolar significativa. Aun cuando la asistencia se volvió un derecho extendido, en las aulas persisten prácticas que limitan la participación de los y las jóvenes de sectores populares. La fragmentación del sistema, la rigidez curricular y los modos tradicionales de la enseñanza producen situaciones expulsivas que hacen que la inclusión no se traduzca automáticamente en aprendizajes con sentido. La cuestión adquiere relevancia si se considera que la obligatoriedad del nivel secundario fue una de las transformaciones más significativas en la política educativa argentina de las últimas décadas. Muchos/as estudiantes transitan el nivel sin encontrar espacios que reconozcan sus trayectorias, intereses y saberes previos. Esta tensión se vuelve particularmente evidente en áreas como la Educación Artística, en las que existe un potencial para generar aprendizajes inclusivos que no suele aprovecharse plenamente. En paralelo, la enseñanza de la música en el nivel secundario se caracteriza, en la mayoría de los casos, por un predominio de actividades centradas en la reproducción: la ejecución de repertorios legítimos, la copia de estructuras rítmicas y melódicas o la apreciación de diversos géneros musicales. Las experiencias de composición musical colectiva (CMC) dentro del aula son menos frecuentes. Además, mientras que en otros lenguajes artísticos del currículo secundario la creatividad —entendida como la capacidad de producir creaciones artísticas propias, individuales o colectivas— ocupa un lugar central, en música suele aparecer relegada o reducida a instancias puntuales. En este escenario, la CMC se plantea como un terreno fértil para pensar de manera articulada los desafíos de la inclusión y de la educación artística. Cuando hablamos de CMC, nos referimos a prácticas en las que los y las estudiantes, mediante la intervención docente, generan de manera grupal producciones musicales propias: una base rítmica, una letra rimada, una melodía inventada, por ejemplo. Más que la búsqueda de una obra acabada, lo que se promueve es la experiencia de inventar en común, de escucharse mutuamente y de reconocer la voz de cada integrante como parte de un entramado colectivo, siempre recuperando los conocimientos previos de las/os estudiantes.

Tesis de Maestría en Ciencias Sociales con orientación en Educación, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Argentina.

Autor: Nicolás Alejandro Batinic

Directora: Dra. Mariana Nobile (FLACSO, Sede Argentina)

Miembros del jurado:
Dra. Silvia Finocchio (FLACSO, Sede Argentina)

Dra. Mariela Arroyo (Universidad Nacional de General Sarmiento)

Mg. Gimena Machicado (Universidad Nacional de General Sarmiento)

Fecha de defensa: 18 de junio de 2025

Recibido el 20 de junio de 2025 | Aceptado el 29 de junio de 2025

La tesis de maestría se propuso indagar sobre los aportes que la educación musical podría realizar a la inclusión educativa en el nivel secundario del conurbano bonaerense a través de la CMC. En ese sentido, se indagó en qué saberes y aprendizajes promueve la CMC en estudiantes y docentes de escuelas secundarias a las que asisten jóvenes de clases populares, así como qué tipo de experiencia educativa puede desplegarse a partir de las actividades de CMC. Para ello retoma un enfoque teórico que abreva en el constructivismo, las pedagogías musicales abiertas y los estudios sobre culturas juveniles. Desde la perspectiva constructivista, los aprendizajes se construyen a partir de los saberes previos, los intereses y las experiencias de los sujetos. En este sentido, la CMC no exige destrezas instrumentales previas, sino que habilita a cada estudiante a aportar desde su lugar, favoreciendo un aprendizaje situado y significativo. Las pedagogías abiertas, por su parte, colocan el énfasis en la flexibilidad docente y en la capacidad de generar condiciones de enseñanza que permitan la experimentación para poder lograr aprendizajes significativos. A estas dimensiones se suma la consideración de las culturas juveniles: el reconocimiento de que los y las estudiantes son productores de cultura, y que la escuela puede ser un espacio que reciba y potencie esa producción. El trabajo de campo fue realizado en dos cursos de una escuela del conurbano bonaerense y permite observar cómo estas prácticas adquieren sentido en contextos atravesados por desigualdades. La elección de una institución de gestión estatal de Vicente López como escenario de la investigación pone en primer plano las tensiones entre la obligatoriedad formal y las condiciones de escolarización de jóvenes de sectores populares. En las clases observadas se registraron dinámicas diversas: desde grupos que se apropiaron rápidamente de la propuesta y ensayaron ritmos y letras colectivas, hasta otros en los que fue necesario un acompañamiento más intensivo para sostener la participación. En las entrevistas, los/as estudiantes expresaron que estas instancias les resultaban significativas porque les permitían traer sus músicas al aula, dejar de ser meros receptores y experimentar la sensación de estar creando algo propio junto a otros/as. Uno de los aportes metodológicos del estudio reside en la elección de un enfoque cualitativo, con observaciones de clases y entrevistas a estudiantes. Esta decisión permite advertir tanto lo que sucede en el aula en términos de dinámicas visibles como también los sentidos que los sujetos atribuyen a esas experiencias. Así, se reconstruye la mirada de los/as estudiantes sobre su aprendizaje musical, su percepción del vínculo con el docente y la manera en que interpretan la posibilidad de “hacer música” en la escuela. Esta perspectiva resulta valiosa para complejizar el análisis: la CMC se puede pensar como un dispositivo que modifica las representaciones sobre lo que la música puede ser en el ámbito escolar.

La investigación muestra que la CMC promueve un tipo de involucramiento estudiantil particular: los/as estudiantes asumen un rol activo en la construcción del conocimiento musical y esto tiene efectos en múltiples planos: habilita la expresión de subjetividades y genera un sentido de pertenencia al grupo y a los propios procesos de aprendizaje. En el plano vincular, la práctica de escucharse y coordinarse para lograr un resultado común refuerza la cooperación. Además, obliga a los/as docentes a correrse de una posición transmisiva y a experimentar modos más horizontales de enseñanza. Este corrimiento se vincula con un modelo pedagógico abierto y constructivista, donde el formato taller habilita a docentes y estudiantes a redefinir sus roles y a sostener la clase desde la negociación y la contingencia más que desde una planificación rígida. Al mismo tiempo, se evidencian tensiones importantes. La primera tiene que ver con la dependencia de la iniciativa individual de los/as docentes: sin lineamientos curriculares claros ni respaldo institucional, estas experiencias aparecen como esfuerzos aislados. La segunda refiere

a la formación docente: muchos/as profesores de música no cuentan con preparación específica en estrategias de composición colectiva, lo que genera inseguridad a la hora de llevarlas al aula. Sin embargo, la experiencia muestra que no es imprescindible contar con formación específica en composición para implementar la CMC, sino más bien con una disposición a atender los emergentes y a habilitar la participación activa de los/as estudiantes. La tercera se advierte con relación a lo limitante que puede resultar el formato escolar (tiempos, espacios, roles) para llevar adelante actividades de CMC. Estas limitaciones muestran la fragilidad de una práctica que todavía no logra consolidarse como parte estable de la experiencia escolar. El análisis aporta también una reflexión sobre el modo en que se concibe la inclusión: es necesario que los/as estudiantes tengan oportunidades de participación significativa. La CMC, al habilitar procesos creativos compartidos, resulta en una experiencia pedagógica que podría colaborar con los procesos de inclusión educativa: habilita formas de relación que valoran los aportes heterogéneos y que legitiman la producción cultural de los/as jóvenes dentro del espacio escolar. En este sentido, la CMC promueve la democratización del acto de crear: desplaza la idea de que componer es un privilegio cultural y la convierte en una práctica escolar compartida. El trabajo abre además interrogantes que exceden al campo musical. ¿De qué modo sostener institucionalmente estas prácticas en un sistema escolar que tiene un formato que no siempre colabora con las actividades como la CMC? ¿Qué lugar ocupa la creatividad en la escuela secundaria? La investigación reconoce sus propios límites: se trata de un recorte situado, con un número reducido de casos y con condiciones particulares que no permiten generalizaciones. No obstante, los hallazgos ofrecen indicios relevantes para pensar políticas educativas más amplias. Entre ellas, la necesidad de formación docente específica en composición y la generación de marcos institucionales que legitimen y sostengan estas prácticas. Si bien se pudo analizar que la formación docente previa en composición musical no es una condición necesaria para llevar adelante actividades de CMC en la escuela, puede inferirse que contribuiría a potenciar aún más este tipo de prácticas. En definitiva, el estudio invita a reconsiderar el lugar de la música en la escuela secundaria y, más ampliamente, el sentido de la inclusión educativa. Al mostrar cómo la CMC habilita procesos de participación activa, trabajo colaborativo y aprendizajes significativos, plantea que el involucramiento escolar se fortalece cuando la escuela ofrece experiencias que convierten la presencia en derecho a aprender también desde la posibilidad de crear producciones propias. En un escenario en el que la obligatoriedad del nivel convive con altos niveles de desigualdad, el aporte de la educación artística como espacio de invención colectiva puede constituirse en una vía privilegiada para pensar políticas y prácticas en clave de justicia educativa.



*Nicolás Alejandro Batinic es Magíster en Ciencias Sociales con orientación en Educación, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Sede Argentina; Licenciado en Educación, Universidad Nacional de Quilmes; Profesor de Música, Conservatorio J.J. Castro. Vicedirector en el Nivel Primario e integrante del Equipo Curricular de la Dirección Provincial de Educación Secundaria, provincia de Buenos Aires, Argentina. E-mail: nbatinic@abc.gob.ar